

TANQUES ACORAZADOS VIVIENTES

Dentro del grupo de los crustáceos, el más extravagante y grotesco, desde un punto de vista humano, subjetivo, es el Paguro, en las obras científicas conocido con el nombre de Bernardo el ermitaño (*Eupagurus Bernhardus*). La designación de Bernardo no puede ser más inapropiada, pues lejos de ser tan paciente como el santo eremita, es de lo más pendenciero e intolerante de cuantos seres pueblan las costas.

Carece de concha que defienda su barrigudo abdomen, el cual únicamente está cubierto por una membrana blanda y arrugada; sólo su tórax, garras y grandes patas están revestidos de una cubierta caliza. Conociendo el infeliz su miserable debilidad, busca *una casa portátil*, donde pueda resguardar la parte vulnerable de su cuerpo y que, a la vez deje a sus movimientos toda libertad ya para la caza, ya para la locomoción. Puesta la mira en ello, busca una concha de molusco vacía y de tamaño relacionado con el de su cuerpo.

Es cosa de ver, en la bajamar, una infinidad de conchas de todos tamaños, formas y colores, moviéndose solas lentas y mesuradamente... Por un momento, se les creía duendecillos o cosa de magia. Son los intrusos cangrejos ermitaños que van de paseo o toman posesión de su casa.

A pesar de ser pendenciero y belicoso, es aparentemente tímido; al menor peligro se mete en casa, atranca la puerta con sus grandes pinzas, mete sus OJOS pedunculados por entre las rendijas que aquellas le dejan y, desde su observatorio, avizora el horizonte en espera de que el enemigo opte por la retirada.

Pero lo más interesante de estos animales es que, viendo su impotencia y debilidad, se deciden a fortificar su casa para alejar todo temor, dotándola de formidable armamento que la transforma en reducto inexpugnable.

He aquí como lo consiguen: conocidas son de nuestros lectores las Actinias, bellísimos pólipos semejantes a flores por sus policromados tentáculos, que se colocan encima *de la concha para* así poder alejar a los depredadores temerosos de los urticantes tentáculos. Son, pues, animales tan graciosos como temibles. Y es de ellos de quienes se sirven los cangrejos para su defensa, mientras que los demás habitantes del mar evitan acercárseles demasiado.

Los cangrejos ermitaños van a las peñas costeras en busca de estos Celentéreos, y cuando encuentran alguno lo cogen delicadamente con sus robustas pinzas, lo ponen sobre la concha que les sirve de habitación, y con gran cuidado, lo mantienen un rato sujeto. hasta que a ella queda adherido; más pesada, sí, pero inaccesible y erizada de millones de dardos envenenados. ¿Quién se atreverá ahora contra el infeliz crustáceo?

Es este uno de los casos de simbiosis o convivencia amistosa más admirables que registran los anales oceánicos: la Actinia está pronta a clavar sus arpones contra el temerario agresor que intente causar daño a su amigable cabalgadura; en cambio, ésta la lleva de excursión por sitios desconocidos, gozando gracias a ello, de nuevos ambientes, cambiando de aguas, y encontrando alimento más variado...

Y cuentan los naturalistas ser tal el mutuo cariño que los dos seres se profesan, que cuando el Paguro ha de cambiar de casa, se desprende de esta Actinia, la cual es trasladada a su domicilio; y más aún: si el Cangrejo, por descuido o por conveniencia la abandona, la Actinia suele morir... ¡de tristeza!

(Publicado en "Festas do Cristo". Cangas, 2004)